

UN HOLANDÉS EN EL SIGLO XVII.



HEMEROTECA
MUNICIPAL



SEGUNDA SERIE.—1859.

AÑO XVII. 2º.

Ese pueblo holandés tan grave que nos parece tan obstinadamente apegado á sus hábitos, ha tenido, sin embargo, como todos los demás, su afición á la frivolidad de las modas francesas. En el tiempo mismo en que se subleva contra la monarquía en tiempo de Luis XIV, se dejaba llevar poco á poco á las costumbres francesas. Mientras que el infatigable Guillermo III armaba todos sus soldados para resistir á los ejércitos de Luxemburgo, la aristocracia de la Haya y Amsterdam doblaba la cabeza bajo el cetro de las modas de Versalles. La Francia espantaba á los Países Bajos por sus armas, y los subyugaba con sus vestidos de terciopelo y sus ropas de seda.

Mas tarde cuando la fatal revocacion del edicto de Nantes arrojó de Francia tantas nobles familias, los emigrados que se retiraron á Holanda propagaron todavía en su nueva patria las costumbres elegantes, los gustos literarios, la hechura de los vestidos y los caprichos de la arquitectura francesa.

De aquí tantas fondas de construccion poco usada hasta entonces en las austeras ciudades de la Holanda; de aquí las casas con columnas, los jardines recortados como piezas de mosaico, los estanques artificiales, los árboles podados á tijera. De aquí las cabezas con el pelo rizado y empolvado, las casacas bordadas y las capas con lentejuelas de oro. Al mirar esas tres mugeres que representa nuestro grabado, en ese espléndido salon con su tocado de otro siglo, cualquiera diria que son tres lindas marquesas que en una de sus horas de ocio y descanso se reúnen para hablar de su última presentacion en la corte, de los incidentes del juego de la reina ó de las crónicas escandalosas del Ojo de Buey.

Pues nada de eso, son sencillamente las mugeres de tres ricos negociantes que toman juntas su té y se entretienen en hablar tal vez de algunas recientes especulaciones de sus maridos, y de la llegada de un buque de Java y de nuevas existencias de lacas ó porcelanas traídas del Japon.

Al través de los exóticos adornos de la estancia en que se hallan reunidas, puede distinguirse todavía mas de un signo notable del carácter nacional. En aquel suelo de madera pulimentada, en aquellas ventanas tan bien arregladas, en aquellos muebles colocados con tanto cuidado, se pueden reconocer los minuciosos hábitos de orden y de aseo de la familia holandesa, y al hojear un poco en aquellos libros mundanos, no se tardaria en descubrir una linda y gruesa Biblia encuadernada en tafilete negro adornada con broches de plata.

Ademas la actitud de aquellas mugeres es grave, y el pintor que las ha dibujado nos ha revelado él mismo una de las causas de aquella gravedad. Despues de los cumplidos de estilo en el momento de su reunion, y de haber contado algunas de las principales noticias del día, una de ellas se ha puesto á hablar de la miseria del pobre y de la necesidad de favorecer é impulsar las asociaciones de beneficencia, esas generosas asociaciones que desde tiempo inmemorial son una de las glorias de la Holanda.

La otra para corroborar este caritativo sentimiento, ha preguntado á sus dos amigas, si conocian la leyenda de la muger de Estaboren: y como ni la una ni la otra la supiesen se la ha contado. Esperamos que nuestros lectores nos agradecerán el que se la contemos como ella la habia referido á sus dos compañeras.

En el tiempo en que la pequeña aldea de Estaboren, que se halla situada en la Frisia, habia llegado á un alto grado de prosperidad, vivia allí una viuda inmensamente rica; pero orgullosa y avara, sin amor á su prójimo ni compasion para los pobres.

Un dia despachó uno de sus navíos al Norte de Alemania y mandó al capitan que le trajese los mas preciosos géneros de Dantzic.

Aquel capitan que era un hombre bueno y sencillo, pensó que nada habia mas precioso que uno de los primeros elementos de la vida humana, el trigo, y cargó su buque de sendos sacos de grano.

Cuando llegó de retorno á Estaboren corrió la viuda á bordo de su navío, impaciente y presurosa por ver las galas y adornos germánicos, las nuevas telas, los objetos de lujo de toda clase en que habia estado soñando. Al ver el inesperado cargamento que se le ofrecia, se llenó de furor y mandó al capitan que arrojase todo aquel trigo á la mar. En vano trató el buen hombre de oponerse á aquella resolucion: en vano la amenazó con la cólera del cielo, si destruía así un género que podia aliviar las necesidades de tantos infelices y desgraciados.

—Dios no perdona, dijo, la dureza con los pobres. Puede castigaros cruelmente de la que quereis cometer. Puede reducirlos á la miseria por la que ahora no sentís la menor compasion ni lástima.

A estas palabras se sacó la señora sonriendo un anillo de su dedo, y respondió al capitan:

—Tan segura estoy de no verme jamas en la miseria como estoy segura de no volver á ver mas esta sortija que arrojé al fondo de las olas.

Despues renovó imperiosamente la orden de arrojar todo el trigo al mar, y cuando hubo visto abismarse el último saco en las olas se retiró á su casa.

Algun tiempo despues compró un pescado y en aquel pescado como en el de Policrates, se encontraba el anillo que creia perdido para siempre. Desde aquel día fué decayendo rápidamente su fortuna. Las inundaciones devastaron sus propiedades: sus navíos naufragaron en medio de las tempestades, sus deudores hicieron quiebra. Por último, de grado en grado cayó en la miseria con que la habia amenazado el capitan. Se la vió vagar de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan, y para que fuese mas ejemplar su castigo, tuvo que sufrir su rigor hasta una edad muy avanzada.

FACUNDO MIGUEZ.

EL ULTIMO ROADÉ (1).

V.

EL AMOR EN LAS MONTAÑAS.

Empezaba á caer la noche como cae en nuestras montañas, oscuridad en los valles, luz crepuscular en las gigantescas curvas de sus ondulaciones.

(1) Esta tradicion pertenece al *Album de un viaje por Galicia* que se halla escribiendo el autor.

Atenodoro salía de Mellid á un trote largo y sostenido como si anhelase llegar cuanto antes á su aldea, y marchaba por uno de aquellos caminos ahondados, encajonados en la tierra y cubiertos con el espeso ramaje de los árboles y de las zarzamoras sobre los vallados colaterales, caminos que en el país designan con el nombre de *corredoiras*.

Fierabrás le seguía jadeando, resintiéndose aun de su herida, pero sin quejarse.

La luz del crepúsculo iba borrándose lentamente, dejando en el horizonte una claridad dudosa, lánguida, decreciente... los árboles sacudían sus retorcidas ramas impelidas del viento helado del Bocelo... las aves tendían su vuelo rápido cruzando la senda que seguía Atenodoro cual si buscasen con afán su nido para descansar de sus cantos y de sus fatigas.

Era tristísima la caída de la noche con lo suele ser en nuestras montañas, pero una tristeza tan sumamente poética y especial que predisponía el alma á abismarse en la dulce melancolía que infundía.

Atenodoro parecía *bañarse* en ella. En ninguna parte se hubiera hallado mejor en aquel instante que en las silenciosas soledades que recorría.

Poco á poco la cerrazón se hizo mas sensible: los vapores del río elevándose gradualmente en grandes nubes de gasa se condensaban en los abismos del valle, escalando las pendientes con propósito de cubrirlo todo, como si á la llegada de la noche la tierra tendiera sobre sí misma un manto de flotante bruma para envolverse, para *velarse* en su sueño.

Poco á poco también las mil y una armonías tristísimas del día que espira, agitaron las ondas oscuras del aire; y empezó á sentirse periódicamente el doloroso balido de la oveja, el aullido fúnebre de los perros de presa que se crían en las chozas de nuestros higlands, y alguna que otra voz humana ya vocalizada en *aturuxo*, grito prolongado y particular de ellos, ya vocalizada inteligentemente como la madre que llama á su hijo.

Poco á poco también el cielo empezó á oscurecerse y cargar hacia el oriente la masa negra y compacta de su densa lobreguez, y alguna que otra estrella empezó á brillar sobre el cóncavo pabellón de las alturas con ese resplandor tristísimo y fijo que parece decirnos algo que en vano podemos penetrar.

Poco á poco también á las estrellas del cielo parecieron corresponder las de la tierra, pues aquí y allá, ya en el valle, ya en el declive de la montaña, ya en la inaccesible cumbre, empezaron á brillar las luces de las diseminadas casas de los aldeanos, oscilando fantásticamente entre columnas de humo, menos triste y fijamente que las del firmamento.

Toda esta decoración que se desenvolvía lenta y ostensiblemente en torno de Atenodoro, nada parecía impresionarle, sin duda por la costumbre, pero otra era la causa de la abstracción en que se abismaba.

Esta era tan pronunciada, tan poderosa, que el pobre joven dejó de aguijonear á su cabalgadura y hasta abandonó las riendas sobre sus ásperas crines, permitiéndole seguir el paso tardo y perezoso á que le había acostumbrado su padre, el viejo marino.

Cuando Atenodoro pasó por la parroquia de Resemil, donde vivía Aurea, se estremeció como si una sensación

violenta conmoviera su organismo. Buscó con la vista la casa de la escuela entre los negros crespones de la noche, ya cerrada, y el caserón se perfiló en la oscuridad como una mancha mucho mas oscura en aquel manto de tinieblas.

Atenodoro miró con avidez si brillaba alguna luz en ella, y no brillaba ninguna.

El último Roade suspiró.

—Si hubiera luz—murmuró para sí—ella habría llegado ya tal vez, sin embargo de haberla dejado aun *allá*... pero como estas gentes toman siempre otros caminos mas cortos... quizá... quizá...

Y se detuvo.

Luego volvió á hablar consigo mismo.

—¿Y si estuviera?... ¿qué?

Atenodoro sin duda no encontró contestación á estas preguntas, y espoleó vivamente á la cabalgadura.

A los pocos pasos el animal volvió á pararse y tomó su paso acostumbrado, y Atenodoro, absorto en su dulce melancolía ó en sus amorosas distracciones, inclinó la cabeza sobre el pecho y se parecía á un caminante rendido de sueño y de fatiga.

Anduvo así como un cuarto de hora, y le distrajo de sus meditaciones un *álalalo, lato, lado* cerca de sí, aire enteramente de nuestra antigua caláica, y que parecía lanzar al viento una voz varonil.

Atenodoro prestó mas atención y sintió que la voz se aproximaba á él, siguiendo indudablemente el mismo camino que él seguía, pues al par que la voz, sintió á sus espaldas el trote acompasado de unas caballerías.

Al mismo tiempo cesó el tarareo de aquel aire caláico, ó mejor dicho *alaleo*, y la misma voz cantó esta letra en el propio tono, lento, triste y amoroso:

*Xa veo á noite, vidiña,
acostate no teu leito,
si ó leito non é de prumas
recostate no meu peito.*

¿Cuántas veces había oído Atenodoro estas canciones de enamorados en el silencio de la noche en las montañas, y sin embargo, nunca le impresionaron como le impresionaba aquella!

Desde que viera á Aurea, desde que le pasara cuanto le acababa de pasar en una sola tarde, el pobre joven se sentía otro.

Le parecía que hasta entonces no había vivido.

Era que empezaba para él la vida de la pasión, la vida del sentimiento.

Era que empezaba para él la vida del *encanto*, del *encanto* tal como se pinta en las baladas y cuentos de moros de nuestros montañeses; esa vida en que no se acuerda uno de comer, de beber y de dormir, respecto al cuerpo, y en que no se acuerda uno de Dios, de sus padres y de sus amigos, respecto al alma; esa vida de *encanto* en que no se cuenta el tiempo que pasa uno contemplando á una muger hechicera ó grabando su imagen en lo mas sagrado de la memoria si está ausente; esa vida de *encanto* que no se sabe como principia ni como tiene fin: esa vida sin sueño, sin noche; esa vida de perpétuo insomnio... ese insomnio dulcísimo de amor.

Aquella canción entristeció tanto al joven Roade que

sus manos se apretaron convulsivamente por primera vez, y por primera vez sus lábios exhalaban un suspiro lánguido, triste... apagado.

El semblante querido de Aurea, que no se parecía á ningún otro, lo tenía siempre, siempre delante de sí... su voz, su adorada y dulce voz que no se parecía tampoco á ninguna, la tenía también siempre en los oídos... vibrando de amor.

¿Cómo explicarnos?... Atenodoro padecía, y nunca había padecido mas gratamente: Atenodoro gozaba, y nunca había tenido un goce mas tranquilo, mas suave, mas poéticamente encantador.

Al poco tiempo de concluir la canción, pasó al lado de Atenodoro un robusto higlands, jinete en uno de aquellos caballos de nuestros campos tan pequeños como sufridos, y tras de él una gallarda moza sobre otro.

Aquella pareja, que sin duda se retiraba de la romería como Atenodoro, le pareció á él un matrimonio dichoso, y la idea del matrimonio parecía fijarse tenazmente en su cerebro, brindándole mil felicidades con Aurea.

Su imaginación tendió sus alas de nácar y de rosa por el horizonte de las venturas ignoradas, y se creía el mas feliz de los hombres viviendo en los brazos de la prometida de Ibon de Grandal.

En aquellos instantes otra canción de los aldeanos volvió á arrullar sus sueños en medio de la placida quietud de la noche, en aquellas asperezas que recorría:

*Entre as ondiñas do rio
crecen as garridas frores,
e entre ansiñas é sospiros
solo crecen meus amores.*

—¡Oh! murmuró Atenodoro, no parece sino que esos aldeanos conocen mi tormento y lo cantan! ¡Bien que todas las letras de amor del mundo se adaptarían al estado de mi alma!

Y abismado en estas reflexiones siguió su camino á gusto de la yegua que montaba.

De esta manera continuó algun tiempo solo, sin oír ya masecanción, hasta subir las pedregosas pendientes del Bocelo.

Entonces al verse en aquellas elevadas alturas, desde donde se podía registrar de una mirada el panorama que había cortado, volvió la cabeza y clavó la vista en las vertientes de Resemil anhelando distinguir alguna luz en la casa del maestro de escuela.

Una brillaba en una ventana alta.

Atenodoro se estremeció y detuvo á la yegua.

El último Roade permaneció como un cuarto de hora en aquella contemplación. Despues, volvió la cabeza al otro lado del Bocelo, hacia su casa solariega que se hallaría á igual distancia, como si vacilase entre su amor y su padre, entre el afecto vago, misterioso y desconocido que presentía en Resemil, y el afecto sincero, profundo y conocido que le esperaba en San Pedro da Porta.

Esta vacilación del momento, manifestada por aquellos movimientos de cabeza á ambos paisajes que cortaba la cadena del Bocelo, donde él se hallaba, terminó con un suspiro que Atenodoro exhaló hacia su hacienda como un adiós á su padre, y con revolver la yegua hacia las arboledas de Resemil, entre cuyas sombrías tintas brillaba la luz de la casa del maestro de escuela.

Atenodoro, pues, volvió á desandar lo andado; y caminaba con precipitación unas veces, y otras con lentitud, y hasta parando la caballería como si su última resolución la combatieran nuevas contrariedades morales.

El silencio era solemne en aquellas soledades, y la tremolante claridad de las estrellas, era la única que perfilaba confusamente los objetos, rasgando la lobreguez de la noche.

Y aquel silencio, y aquella soledad, y aquellas tinieblas, parecían escitar mas y mas las impresiones amorosas del joven hidalgo, sobreescitándole de tal modo que todo su ser se estremecía convulsivamente de tiempo en tiempo, como si al impulso de una pasión ardiente que lo dominase completamente fuese á cometer algun crimen en aquellos instantes y en aquellos callados sitios.

¡Dichosa edad! ¡dichosa pasión! ¡dichosos lugares!

¡Dichosa edad en que la vida empieza en un jardín donde todas las flores mezclan sus matices y sus aromas, conmoviendo deliciosamente el alma!

¡Dichosa pasión en que el espíritu domina á la materia, en que se ama con el corazón y no con la cabeza, con el sentimiento y no con el pensamiento, con emociones purísimas y no con cálculos livianos! ¡Dichosa pasión casta y suavísima de nuestras montañas en que apenas tenemos fuerzas para elevar los ojos al ángel de nuestro amor, en que nos escondemos si él viene... en que temblamos si oímos su voz... en que suspiramos si lo vemos alejarse!...

¡Dichosa pasión, en que la mujer amada es una esencia esquisita, una armonía vibrante... esencia y armonía que si toma forma á nuestra vista, se convierte en una valkyria, en una de esas diosas del campo ó ángeles de Odín, el dios encantador de los escandinavos! ¡Dichosa pasión en que siempre se vé la mujer amada sin mirarla, esté á nuestro lado ó lejos de nosotros!

¡Dichosos lugares donde se ha refugiado la castidad como en un convento, donde se ama con tanta veneración y respeto como se debe amar en el cielo; donde la corrupción cierne sus asquerosas alas sobre los ágricos perfiles de su oleaje de rocas y de verdura, como si desdenara las eminencias inaccesibles de nuestros higlands y solo se cebara en las llanuras y en los puertos de mar de nuestros lowlandes! ¡Dichosos lugares donde no penetran las pasiones bastardas, donde nada se adultera... donde todo es puro... la atmósfera y las aguas, la vegetación y las criaturas... Dichosos lugares donde todo se manifiesta en su lujo de santidad y en su magnificencia de pureza. Dichosos lugares donde la religión de Jesucristo es intuitiva, ingénita y orgánica por decirlo así, pues nadie la explica y se siente como la anheló el divino Redentor! ¡Dichosos lugares donde el amor es una necesidad del alma y no del cuerpo!

Atenodoro tenía esa edad primaveral... Atenodoro sentía esa pasión delicadísima, indígena, local... como es indígena ó local la pasión nostálgica de sus hermanos, ausentes de aquellas montañas; y Atenodoro recorría aquellos sitios en que solo se agitan esas pasiones sagradas, trémulo... incierto... latente de sentimiento.

Las armonías de la noche se elevaban en notas ya marcadas, ya veladas, encendiéndose y apagándose instantáneamente pero con una prolongación tristísima; sobresaliendo distintamente el canto metálico de los grillos y el graznido fúnebre de los pájaros de la muerte.

Atenodoro clavaba de cuando en cuando los ojos en la

luz de la casa del maestro de escuela, y aquella pupila humeante de la desgracia, parecía atraerlo entre las tinieblas como la irradiación en un faro al fatigado navegante.

De cuando en cuando también, como si pidiera perdón al cielo de alguna falta al amor paternal, pues era la primera vez que se desentendía de las ansiedades con que el viejo marino esperaba su regreso de la romería, Atenodoro elevaba al firmamento sus lánguidos ojos y miraba melancólicamente las estrellas, cuyo centelleo especial, hijo de la variabilidad de su luz que muda vivísimamente de brillo y tinte bajo la acción de la atmósfera de aquellas montañas, parecía abstraer su espíritu en una contemplación profunda sobre la naturaleza.

Sentía precisión de llegar, de llegar cuanto antes junto aquella luz, y sin embargo, caminaba con lentitud.

La fuerza que lo impulsaba hacía la solitaria casa del maestro de escuela provenía más de su corazón que de su pensamiento.

Atenodoro iba hacia aquella luz, y no sabía explicar aquella atracción del cariño que lo dominaba por la primera vez de su vida.

Caminaba y caminaba hacia ella, é ignoraba lo que iba á hacer una vez allí.

Un momento que reflexionó en esto vaciló, y conoció que había otra fuerza superior á la voluntad del hombre: la fuerza del destino.

Haciendo un esfuerzo supremo, tal vez hubiera podido sacudirse de aquel manto de brumas en que se bañaba su sensibilidad mágicamente. Hubiera podido salir de aquella especie de encanto... pero ¿y qué ganaba con esto? ¿Volver á la vida uniforme, tranquila y sedentaria que había tenido hasta allí?

Valía más aquella vida de encanto que empezaba á sentir... y cuyo término ignoraba si sería el cielo ó el abismo, la felicidad ó el infierno.

A su edad no se retrocede cuando el amor tiende delante de uno su alfombra de tisú de oro, malizada con todos los colores del rayo de sol que se descompone.

A aquella edad en que todo se espera del día próximo, de la hora próxima, no se puede hacer más que abandonarse á la primera sensación de afecto que viene á conmover el alma inundándola de delicias sin nombre.

La felicidad que se presiente toma una forma tan poderosa de seducción, que se necesita todo el vigor de la apariencia para repelerla.

El pobre joven, que todo lo esperaba del porvenir, por lo mismo que no conocía nada; él, pobre joven, se conocía impotente para dejar de correr tras de lo desconocido, cuando lo desconocido se le presentaba bajo una forma tan atractiva, tan insinuante, tan encantadora, como Aurea, que era la misma inocencia, que era la misma belleza, que era la misma dulzura, todo personificado en sus ojos azules, en su voz armoniosa, en su semblante adorable.

Atenodoro espoleó repentinamente á la yegua; y se lanzó á toda carrera hacia Resemil, mágicamente adormecido en su ilusión de amor.

Cerca de la casa del maestro de escuela detuvo á su cabalgadura y se apeó resueltamente entre las negras arboledas contiguas, á donde ató al fatigado animal.

En seguida, no sin estremecerse como si fuera á cometer algún asesinato, Atenodoro trepó á una pequeña colina

en que se hallaba el sombrío caserón, acercándose hasta sus descarnados muros de piedra berroqueña, carcomida por el tiempo.

Su informe mole se recortaba entonces más determinadamente entre la lobreguez de la noche; y la luz que brillaba en la ventana parecía la pupila de aquel cíclope gigantesco, en incubación entre las tinieblas profundas que lo envolvían.

Atenodoro escuchó, y no oyó ruido alguno interiormente, como si no hubiera nadie dentro de la casa, ó todos se hallaran entregados al sueño.

La ventana por donde salía el resplandor de aquella luz, se hallaba á seis pies de altura, y Atenodoro se encaramó á un laurel cercano para distinguir á qué personas alumbraba.

Una contrariedad le detuvo.

Aquella vidriera por donde salía el resplandor de la luz que iluminaba la estancia, no era de cristales: la cubrían papeles impresos, arrancados al parecer de algún libro en folio de la vida de algún santo.

Como aquel papel doble no daba la transparencia del cristal ó del vidrio, Atenodoro hizo un movimiento de disgusto; pero observándolo más, pudo distinguir una rotura en uno de los cuadros de la vidriera, y pegó su frente al agujero.

Entonces, á la macilenta claridad de un velón enorme como los usan en el país los abades, Atenodoro vió una habitación estensa, llena de bancos largos y de mesas corridas, con tinteros y muestras de escritura, y unos mapas y pizarras en las paredes.

Aquella habitación era la escuela; y sus paredes de madera, pero unos tabiques tan negros por el tiempo como si los hubieran cubierto de tinta.

Era aquella estancia triste, lúgubre y oscura como una tumba.

Atenodoro miró más y más y distinguió en el fondo, cerca del velón de metal estañado por todas partes como la capa de un mendigo... distinguió la cabeza de un anciano, que sobresalía muy poco de la mesa en que escribía.

La inmovilidad de aquella frente encanecida, de aquellos ojos apagados, de aquella mano que apenas parecía mover la pluma sobre el papel, hubieran impresionado al más insensible, y Atenodoro sintió una emoción tristísima, un frío glacial que parecía penetrar en su pecho como la hoja agudísima de un puñal.

El silencio era completo y triste, y lúgubre y aterrador en aquel sitio y en aquellas horas de la noche: había en todo aquello algo de pavoroso, algo de fatídico, algo de fúnebre que parecía cernerse sobre uno como el ave de la muerte en un cementerio...

En medio de aquel silencio helado é imponente, aquel anciano se levantó... y pasando por la frente una mano descarnada como la de un esqueleto, exhaló un suspiro lento y doloroso como el de un enfermo, y se retiró de aquella estancia, desnudándose de el chaquetón de paño de sonto como el que va á acostarse en una alcoba contigua.

La sala de la escuela quedó en seguida desierta; y como el velón permanecía encendido en el mismo sitio, Atenodoro creyó que Aurea no habría regresado aun de la romería.

En efecto, al poco tiempo se oyó un ruido confuso de voces á lo lejos, hacia la parte de Mellid; y ladró sordamente el perro de la escuela.

Entre aquellas voces, entre aquellos *aturuxos*, entre aquellos cantares que se aproximaban á Resemil, debía venir Aurea porque á Atenodoro le empezó á palpar el corazón con doble vivacidad.

Hay presentimientos naturales y verdaderos, porque descendiendo Atenodoro del árbol y lanzándose silenciosamente hácia el vallado de la huerta contiguo á la entrada de la escuela para observar á los que se aproximaban, vió á Aurea que venía acompañada de los demás labradores y labradoras de la aldea, los cuales parecían una iluminación viviente al cruzar los árboles del soto, pues todos traían en la mano un haz de paja de centeno encendido, según la costumbre del país cuando se transita de noche, con objeto, no solo de ver la trocha por donde se camina, sino con el de ahuyentar los lobos.

Cuando Aurea llegó á la puerta de su casa, que estaba abierta, como están todas de noche en la montaña cuando dentro hay alguna persona, los que la acompañaban le dedicaron una cántiga según hacían con todas las jóvenes que iban dejando en sus albergues.

A Aurea le cantaron:

*Eres un á fror ourente
como á quer ó meu deseio:
eres un á estrela branca
que se ha caído de ceio.*

En seguida se oyó la voz de un joven aldeano, que decía:

—Vaya, Aurea, no entres así en tu casa sin decir algo bueno á Ibon de Grandal, con quien pareces enojada.

—No... no...—balbuceó la hija del maestro de escuela—ha estado muy cruel conmigo en la fiesta y no merece ni una palabra de cariño.

—Mira que va á ser tu marido dentro de poco...—replicó el mismo aldeano.

—O no lo será;—contestó Aurea con entereza.

A estas palabras de la niña, Ibon que se hallaba cerca de ella recostado contra un nogal, se estremeció vivamente y enderezó su elevada talla.

—¿Te atreverás á dejar de cumplir tu palabra?—bramó ásperamente dirigiéndose á la niña.

—¡Tal vez!—murmuró Aurea—si en lugar de ser tan bueno y amable como hasta esta tarde, continuas siendo tan brusco como desde esta tarde hasta de ahora.

—¿Y quién te manda distraerte con otros en vez de vivir solo para mí?

—Yo no me distraje con nadie: por el contrario, rechacé al que creías que me distraía... y de continuar así tan celoso, Ibon, no cuentes conmigo para nada.

—Aurea...

—Para nada... repitió la niña internándose en su casa y cerrando la puerta.

Ibon pareció quedarse petrificado ante aquella resolución de Aurea, y gruesas gotas de sudor le caían de la frente sin acertar á hablar.

—Déjala, Ibon;—le dijo un amigo suyo, Pedro de Carelle—á las mugeres hay que dejarlas cuando se enfadan hasta que les pase.

Y cogiendo á Ibon de un brazo lo arrastró consigo camino de Ordes, donde vivían; y todos se retiraron de Resemil lanzando al viento de la noche sus cántigas y sus prolongados *aturuxos* y agitando como demonios sus haces de

paja llameantes, cuyos resplandores vívidos y rosados despertaban á los pájaros, dormidos en la enramada, y llenaban de fulgores fantásticas las verdes sinuosidades de las pendientes.

Atenodoro se deslizó entonces por entre las verduras de la huerta, rastreándose como un reptil, y se dirigió temblando hácia el laurel que crecía delante de la ventana que hemos indicado anteriormente.

Trepó al árbol y observó.

Aurea entraba en aquel momento en la sala de la escuela.

—¡Ay, señor padre!—dijo no viéndole allí—¿ya se acostó vd?

El maestro de escuela murmuró entre sueños un sí, y Aurea no quiso importunarle; pero á aquellas palabras que pronunció, á aquellas vibraciones armoniosas de su voz, voz que tanto cautivaba al último Roade por su dulzura mágica, el pobre joven se sintió doblemente conmovido.

Aurea se adelantó hasta cerca del velon, entrando en el círculo claro, y brillante de su luz, y empezó á destrenzarse los cabellos.

Aquella magnífica cabellera negra pronto la cubrió como un manto de terciopelo luciente, y sobre su oscuro fondo se recortó el semblante angelical de la niña con tal fuerza de expresión que Atenodoro no vió nada mas celestialmente hermoso, nada mas *humanizadamente divino*.

Atenodoro había visto vírgenes de Murillo y de otros célebres pintores; Atenodoro remontando su pensamiento al cielo había tenido idealizaciones de sorprendente encanto; pero ni las vírgenes de Murillo ni sus concepciones íntimas y piadosas, tenían los tonos de Aurea, ni Aurea los tonos de ellas—Aurea no era para Atenodoro la belleza que se vé: era la belleza que se siente, pero que se siente arrebatando el espíritu...

Al acabar de soltar las trenzas de sus cabellos que se desataron como un velo sobre su espalda, la niña se quitó su manteleta de lana, descubriendo...

Pero Atenodoro no vió ya mas: al primer movimiento de Aurea para quitarse aquella prenda tan característicamente caldica, el joven, ruborizado como una niña pudorósima, descendió del árbol rápidamente.

Esta impresión de deslumbramiento, tan elevadamente purísima, conmovió por algunos instantes su alma, permaneciendo en una especie de arrobamiento tan sumamente casto que no lo empañaba el mas leve matiz sensual.

Así permaneció mucho tiempo, inmóvil, al pie del árbol y palpitando de emoción.

Al cabo de este tiempo, elevando sus ojos á la ventana, vió que ya no salía por ella el resplandor de la luz, lo que le hizo creer que Aurea se había acostado ya.

Poseído de esta creencia ¿qué hacer ya en aquel sitio?

Y sin embargo, Atenodoro permanecía aun allí sin moverse; y permaneció aun allí mas de dos horas como encantado.

De pronto el perro de la escuela apareció cerca del sitio en que se hallaba, y empezó á ahullar fatídicamente.

Atenodoro buscó la sombra de los árboles para ser menos visto del animal, pues la luna, alzándose magestuosamente sobre los pelados obeliscos de Villamor, derramaba su plateada claridad sobre el valle, arrancando los objetos de las tinieblas.

El perro distinguió á Atenodoro, á pesar de ocultarse en la tinta de los árboles, y marchó hacia él ladrando fuertemente como buen guardador de la hacienda.

Atenodoro echó mano á sus bolsillos para descerrajarle un pistoletazo, pero vió que era peor el remedio que la enfermedad, pues el ruido del arma de fuego alarmaría mas á Aurea y á su padre.

El animal avanzaba ya hasta cerca de Atenodoro... iba ya arrojarse sobre él carnívoramente cuando otro perro de presa, Fierabrás, apareciendo entre las verduras de repente como un salvador providencial de los dramaturgos de la escena, clavó sus agudos dientes en el lomo del alano de la escuela y le obligó á retirarse en derrota, lanzando aullidos tan redoblados como lastimeros.

Entonces, á estos aullidos alarmantes del perro de la escuela, volvió á salir por la ventana el resplandor de la luz... se abrieron sus hojas... y Aurea con la manteleta de grana sobre los hombros y los cabellos flotando sobre la espalda, se destacó poéticamente en el luminoso marco como una hada de los bosques entre una aureola de fuego.

Ni una palabra rasgó las ondas del aire.

Ambos jóvenes se miraron, se conocieron... y fijo el uno en el otro ni una palabra profirieron que interrumpiese el silencio de la avanzada noche.

¡Oh! ¡y qué palabras pudieran proferir aquellas dos almas jóvenes, frescas, amantes, nacida la una para la otra!

En medio de su castidad, en medio de la pureza de sus amores, ¿cuál de aquellas dos almas sería la primera que profanase el interés de la situación con palabras vulgares y tribiales? ¡Qué lenguaje... qué notas vibrantes de ternura pudieran encontrar sonido en sus pechos enamorados que no hicieran traición al sentimiento... al sentimiento que llenaba sus almas! ¡Qué mas lenguaje, que mas notas que mas sonoridad que aquella dualidad de afecto que les estasiaba en una contemplación suavisima, dulce y misteriosa, que los identificaba y los fundía en una sola espiritualidad!

Sin exhalar un suspiro, sin decirse una palabra, pero mirándose siempre... siempre... siempre, como una necesidad de sus corazones, como una condicion especial de su vitalidad, aquellos dos jóvenes permanecieron así mucho tiempo.

El bien hubiera querido hablarle... espresarle que impresion tan profunda había hecho en su espíritu su belleza, su voz... que á ella había sacado á bailar y no á Macrina... que su vida en fin pendía de su cariño de ángel... que odiaba á Ibon porque se iba á casar con ella.... todo esto y mucho mas él la diría balbuceando de amor; pero el rubor, el pudor, la castidad de su misma pasión virginal le ponía lazos de hielo en la lengua.

Serian ya las tres de la mañana, y principiaba á verse en el cielo algunas fajas blancas que lo cruzaban hacia el oriente del valle, como si el alba empezara á aventurar algunos resplandores ténues de su irradiación luminosa.

El aire estaba tibio, y algunas ráfagas templadas que agitaban melancólicamente las hojas de los laureles que crecían en torno de la casa, parecían precursoras de la primavera.

Se anunciaba, pues, el nuevo día; Aurea empezaba á resfriarse, y Atenodoro conoció que era preciso huir de aquella contemplación á la que una fuerza superior lo sujetaba.

—¡Adios, Aurea...! balbuceó por fin triste y lentamente.

—¡Adios, Atenodoro...! balbuceó tambien tímida y tristemente la hija del maestro de escuela.

Al separarse los dos jóvenes, parecia que el uno dejaba al otro una parte de sí mismo.

Atenodoro dió unos cuantos pasos y luego volvió la cabeza diciendo:

—Hasta mañana...

—Hasta mañana... repitió Aurea como si su alma fuera un reflejo de la del último Roade.

Los primeros albos de la madrugada comenzaron á iluminar el horizonte con anchas bandas de plata y de rosa... Atenodoro se dirigió junto á su yegua... y poco despues se destacó sobre el fondo de ópalo de la madrugada cabalgando á todo trote por la ascendente senda de San Pedro da Porta.

Aurea no se retiró de la ventana hasta que lo vió doblar las revueltas cumbres del Bocelo: entonces como el marino en alta mar al ver desaparecer el último rayo del sol, lanzó un suspiro lánguido y apagado que se pareció á un beso del aura entre los broches de dos rosas.

(Se continuará.)

JOSÉ RIVERA. LLAMADO EL ESPAÑOLETO.

Uno de los ejemplos de la fortuna, prosperidad y riqueza á que puede elevar á los hombres el genio y el estudio, nos lo presenta la vida del célebre José Rivera, llamado el Españolito, uno de los pintores mas célebres de la escuela de Valencia. Pobre, desnudo, como dice el célebre Cean Bermudez en su *Historia de los pintores*, marchó sin mas auxilio que su genio y sus pinceles á las bellas regiones de la Italia, y allí se le vió el mas opulento señor del reino de Nápoles, viviendo en un palacio el que en su juventud apenas había tenido una miserable choza donde albergarse, con magníficos trenes de carruages y caballos, y una servidumbre propia de un príncipe, pasando su vida en opulentos y opíparos festines el que en su juventud repetimos apenas había tenido por alimento, los restos del pan que le abandonaban sus discípulos. Valencia, cuya escuela de pintores habían ilustrado los dos Juan de Juanes, fué la que dió las primeras lecciones de pintura al célebre Rivera en el estudio de Francisco de Rivalta, uno de los maestros de aquella escuela mas famosos entonces en España.

Rivera nació en Játiva, ciudad del reino de Valencia, el año de 1588, siendo hijo de Luis Rivera y de Margarita Gil. En breve hizo grandes adelantos al lado de su maestro Rivalta, empero la manera acabada y pulida de este pintor no se conformaba mucho con el carácter de Rivera, aficionado á un género fuerte, á pintar carnes palpitantes y destrozadas, y á poner en escena los verdugos y los tormentos humanos.

En medio de su pobreza, y todavía muchacho, soñaba Rivera con ir á Italia, ese paraíso de los pintores, ese museo inmenso donde tanto había que estudiar. Así es que sin consultar mas que su inclinación y su genio, y á despecho

de su miseria, marchó á Italia. En Roma, á donde se dirigió, fué presentado á Miguel Angel Caravaggio, cuyas lecciones eran mas conformes á su temperamento. Allí empezó á estudiar las cabezas de los apóstoles y aquellas figuras de ancianos que se complacia en marcar con todos los signos de la caducidad, escribiendo cada músculo con una precisión afectada, pero asombrosa. Allí vió las obras del divino Rafael, sin modificar en provecho suyo su género de pintura duro, pronunciado y fuerte.

Vivía en Roma en la mayor pobreza, no teniendo muchas veces donde retirarse á pasar las noches, y pintando en las calles y al sol.

Un día que se hallaba dibujando pasó por allí un cardenal, á quien llamó la atención la aplicación de aquel jóven, su pobreza, su pequeña estatura y los harapos de que se veía cubierto. El prelado descubrió en aquel jóven aplicado un hombre de genio; se acercó á él, y le ofreció un asilo en su palacio. Recibió con la altivez propia de un español aquel favor el estudioso jóven; pero bien pronto echó de menos su independencia. Le humillaba el estar en la antecámara del purpurado, y sentía en su alma todo el genio necesario para imponer la servidumbre, no para sufrirla. Así es que muy pronto, sin dar siquiera las gracias al caritativo cardenal que le había recogido de en medio de la calle, huyó secretamente de su palacio, y volvió alegremente á su miseria, á su modo de pintar en medio de las calles, y á gozar de toda la plenitud de su libertad.

Hizo un viaje á Parma para ver al Corregio, este pintor de la gracia; y Rivera, cuya salvaje naturaleza no había podido dominar la escuela de Rafael, se ve subyugado por la gracia y la dulzura de aquel genio. Copió diversos cuadros del Corregio, y desde allí se dirigió á Nápoles, donde se hallaba su padre, que fué oficial de la guarnición española de aquella ciudad, y que no tardó en morir no dejando á su familia por patrimonio mas que una módica pensión de horfandad, y el talento y el genio de su hijo José. Nápoles se hallaba entonces en el apogeo de su civilización: era el punto donde había mas pintores célebres. Allí se hallaba Santafede, Gisolamo, Imperato, Batisteyo Carracciolo, famoso por los frescos, y el caballero Massimo Estacioni, que seguía el estilo de los Guidos y de los Carraches. En breve adivinaron aquellos célebres maestros en Rivera un temible rival: le dieron el consejo de que se limitase á la simple imitación de la naturaleza, y que se colocase en la misma línea que ellos.

El altivo español había pasado de la oscuridad á la luz, de la miseria á la opulencia, porque había tenido la fortuna de que se enamorase de él la hija de un rico mercader de cuadros establecido en Nápoles cerca del palacio del virey. Un día puso á la puerta de su taller el magnífico cuadro del *martirio de San Bartolomé*, el cual presentamos á los lectores del Museo. Lo colocó como para secar el lienzo; pero fué tal el efecto que produjo que las gentes se atropellaban á la puerta, y daban gritos de admiración y de terror al ver aquel cuadro. Allí veían el sayon que sujetando entre sus dientes el cuchillo rasgaba con la mano la piel del santo; admiraban la serenidad del mártir, y contemplaban aquella corona que una mano divina tenía suspensa sobre su cabeza en los aires. Los ecos de la admiración llegaron hasta el palacio del virey de Nápoles, don Pedro Giron, el gran duque de Osuna, que viendo el crecido grupo desde el balcón de su

palacio, y sabedor de la causa de aquel tumulto, envió sus alguaciles con orden de que le trajesen al pintor. En presencia del virey, sin cortarse, ni imponerle la magestad de aquel poderoso magnate, habló con tal despejo y cautivó de tal modo la benevolencia del duque de Osuna, que éste quiso comprarle el cuadro, y le nombró pintor de la corte con una pensión de sesenta doblones al mes.

Hallábase ya entonces Rivera en su centro. De carácter naturalmente orgulloso, se aumentó su vanidad viéndose creado á poco tiempo por el papa caballero de Cristo, y ocupando el primer puesto entre aquella legión de célebres artistas. Era envidioso; así es que entre los muchos discípulos que tenía escogió dos pintores medianos, Belisario Caracciolo y Correncio, para establecer una conjuración de artistas, una de esas facciones que mas tarde sirvieron de apoyo á la revolución de Massaniello, pero que entonces no tuvo mas objeto que espulsar á todo pintor que no estuviese afiliado en la bandería de Rivera. La protección que les prestaba el virey aumentaba la insolencia de estos conjurados, y Correncio y Caracciolo eran hombres, si no eminentes en manejar los pinceles, que sabían al menos completamente manejar la espada y el estoque, y hacían por este medio sostener la dictadura de su maestro.

Iba á pintarse en la catedral de Nápoles la magnífica capilla llamada del *Tesoro*, dedicada á San Genaro. Aspiraban á cubrir de frescos esta capilla los pintores mas famosos de la Italia. La elección de los delegados del virey se había fijado en Guido, pero los partidarios del Españolito habían jurado que aquel trabajo no lo haría nadie mas que ellos mismos. Rivera, que no supo jamás pintar ni al fresco ni al temple, quiso abandonar la cúpula á Belisario Caracciolo, reservándose los grandes lienzos que debían pintarse en las capillas y en los altares.

Llega Guido á Nápoles acompañado de su discípulo Francisco Gesi, para emprender su noble y gloriosa tarea; mas inmediatamente se ve rodeado de rostros sombríos y siniestros. Una noche sabe que su criado, asaltado por un desconocido, cae atravesado de puñaladas, y desde aquel momento cree ver una sangrienta liga formada contra él; se aterra, y huye espantado.

El Dominiquino es llamado para reemplazar al célebre Guido; pero Rivera y sus discípulos estaban resueltos á no dejar que nadie pusiese sus pinceles en la célebre capilla del santo patron de Nápoles. Así es que fueron tantos los disgustos de que se vió en breve agobiado desde su llegada el Dominiquino, que renunció á su empresa, y tuvo que huir como su antecesor.

Rivera quedó sin rivales, dueño del favor de los vireyes de Nápoles sucesores del duque de Osuna.

Su pincel y el de sus discípulos cubrió de cuadros los palacios, los conventos y las iglesias de la ciudad de Nápoles. Los señores napolitanos, los grandes de España, el mismo Felipe IV se disputaban las obras del célebre pintor que tanto ilustraba á la España.

La naturaleza altiva de Rivera, como la de todos los hombres de su carácter, no se suavizaba por la buena fortuna. El sombrío pintor de los tormentos humanos se hallaba en medio de sus triunfos, y solo trataba de brillar por sus riquezas, por el lujo y el fausto de sus modales. Instalado en Nápoles en un palacio vivía como un gran señor, con suntuosas habitaciones, noblemente vestido, y sin